



Raíces y contenidos de la hospitalidad bíblica

Huéspedes, prójimos y enfermos. Relatos hospitalarios de la Biblia

Jesús García Recio, Prof. Instituto Bíblico, Roma

1. El relato fundante

El relato de los tres primeros capítulos del Génesis dio por sentada la condición del hombre como huésped. Puesto que es conocido, será suficiente insinuarlo:

- Se delimitan los tres espacios de nuestro cosmos: los cielos, las aguas y la tierra firme;
- y cada uno de ellos se hace casa para los seres que va a recibir: los cielos de las aves, las aguas de los peces y la tierra firme de los animales y el hombre.
- De esta manera, la realidad de lo existente surgió con finalidad acogedora. Los cielos no eran para ellos mismos, tampoco las aguas, y, mucho menos, la tierra.
- Así nacía la trabazón de la obra de Dios, la complejidad y la hermosura de la vida de sus criaturas, siempre pendientes de lo que unas hacen y ofrecen a las demás.

Es, por lo demás, el cuadro que inspiró la poesía de los salmos:

*"De los manantiales sacas torrentes
que fluyen entre los montes;
en ellos se abrevan los animales salvajes ...
Haces brotar hierba para el ganado
y forraje para las tareas del hombre:
para que saque pan de los campos
y vino que le alegre el ánimo,
y aceite que de brillo a su rostro,
y alimento que le fortalezca ...
Se llenan de vida los árboles del Señor ...*

*Allí anidan los pájaros,
En su cima pone casa la cigüeña.
Los riscos son para las cabras
y las peñas, madrigueras de tejones”
(Sal 104,10-11.14-18)*

Los manantiales ceden su agua a los animales, la hierba se hace comida del hombre y de los ganados, los árboles se ofrecen como casa a las aves, las peñas se abren para cobijar a las pequeñas criaturas que las frecuentan.

El salmista canta a la creación acogedora y sacrificada que se pasea ante sus ojos contemplativos. Tal abigarramiento le encandiló, hasta arrebatarle esta alabanza:

*“Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con maestría:
la tierra está llena de tus criaturas” (Sal 104, 24)*

El relato apunta a la interrelación que dará origen a la hospitalidad que Dios quiso inaugurar, acogiendo al hombre en su huerta y trabajando para su huésped:

“El Señor Dios plantó una huerta en Edén, hacia el Oriente, y estableció en ella al hombre que había modelado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos de ver y buenos de comer ... El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en la huerta de Edén ... ” (Gen 2, 8-9.15)

Más adelante, sigue la narración, Dios ofreció a su huésped comida y vestido:

“Puedes comer de todos los árboles del jardín ... El Señor Dios hizo pellizas para el hombre y su mujer y se las vistió” (Gén 2,17; 3,21)

En la huerta acondicionada para él vivió el hombre al resguardo, aprovisionado y vestido. Era la situación prevista por Dios, que el narrador entendió bien, cuando escogió el verbo "establecer" o "fijar": " ... y estableció en ella al hombre".

Muy distinta será la entrada en el segundo alojamiento de la narración: "El Señor Dios lo expulsó de la huerta de Edén, para que labrase la tierra de donde lo había sacado" (Gen 3, 23). La "expulsión" en la tierra marcará profundamente la reflexión bíblica sobre los modos y el sentido último de habitarla. Fue "expulsado" y no "devuelto" o "reintegrado" al ámbito más afín de la tierra-*adamah* que había dado nombre al *hombre-adam*.

2. La hospitalidad recíproca

De esta manera echaba a andar la hospitalidad recíproca a la que quedaron comprometidos tanto Dios, tomando la iniciativa, como el hombre que debería corresponder adecuadamente. Dicho de otra manera, la hospitalidad hizo a los hombres huéspedes de Dios, a Dios huésped del hombre y a los hombres huéspedes entre sí.

2.1. De Dios al hombre

El Señor fue agrandando el acomodo que ofrecía a la humanidad. Pasó de la huerta del primer momento a la tierra para las gentes que hospedó durante los casi dos milenios de historia del Viejo Testamento.

2.2. Abraham

El resguardo prometido de una tierra movió a la familia nómada de Abraham. Con raíces en Ur, pero viviendo muchos kilómetros al norte, en Jarán, se le ofreció un país al que acogerse, que sería su patria y la de sus descendientes en años venideros:

"El Señor dijo a Abram: Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré ... Abram marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán" (Gen 12, 1.4)

La hospitalidad de Dios supuso más que un cambio de tierra, al que, por lo demás, estaba acostumbrada la familia de Abraham. Abandonar su territorio de trashumancia habitual entre la Alta y la Baja Mesopotamia, para alargarla hasta Canaán, era abrazarse a la condición de huésped en tierra desconocida. El Señor se la ofrecía, porque, siendo suya, tenía la intención de albergarle en ella:

"El Señor se apareció a Abram y le dijo: a tu descendencia le daré esta tierra (Gen 12.7)

2.3. Los que entraron en la tierra

La tierra acogedora de los antepasados fue la que esperanzó siglos después a los emigrantes que soportaban duras condiciones en Egipto. De nuevo el Señor ofrecía un suelo de resguardo:

"He visto la opresión de mi pueblo ... he oído sus quejas, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos ... a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel" (Éx 3, 7-8)

El Éxodo fue considerado por generaciones posteriores que lo meditaron como el trasiego de la casa "de la esclavitud" a la tierra de Dios. Fue el tránsito del sometimiento a los hombres a disfrutar de la condición de huéspedes de Dios:

"...La tierra es mía, y vosotros sois extranjeros y huéspedes míos" (Lev 25,23)

Dios mismo se había puesto al frente, de día en su nube y de noche en la columna de fuego, para apresurar la marcha que había de "meter" a tanta gente en su heredad. Uno de los salmos habló así de su interés:

*"Dios prepara casa a los desvalidos,
libera a los cautivos y los enriquece ...
Derramaste en su heredad,
oh Dios, una lluvia copiosa,
aliviaste la tierra extenuada;
y tu rebaño habitó en la tierra
que tu bondad, oh Dios,
preparó para los pobres" (Sal 68, 7.10-11)*

El correr de los siglos por las páginas de la Biblia, la meditación de sus acontecimientos y la madurez de sus personajes llegaron a concluir que, efectivamente, el hombre no podía entenderse de otro modo que como huésped, justamente porque así lo requería la hospitalidad de Dios en el momento creacional, durante los siglos de historia bíblica y en el futuro que se aguardaba:

"Por fe obedeció Abraham a la llamada de salir hacia el país que habría de recibir en

herencia; y salió sin saber adónde iba. Por fe se trasladó como forastero al país que le había prometido ... Con esa fe murieron todos éstos (Isaac, Jacob, Sara) sin haber recibido lo prometido, aunque viéndolo y saludándolo de lejos y confesándose peregrinos y huéspedes en la tierra.” (Heb 11,8-9.13)

2.4. Del hombre a Dios

Los hombres del Antiguo Testamento correspondieron a la generosidad de Dios con dos ofrecimientos de hospedaje. Primero el de la tienda y luego el del templo.

La aceptación de ambos albergues cambió radicalmente el modo de presencia de Dios, que tuvo que dejar de ser "compañero" de caminantes para acomodarse a la nueva situación de "huésped" querida por la hospitalidad de los hombres.

Desde los tiempos patriarcales había caminado al paso de los nómadas, Mesopotamia a Canaán, de Canaán a Egipto, sin fijar residencia, haciéndose presente allí donde estaban sus protegido.

2.5. Una tienda

El cobijo bajo la lona de la tienda fue improvisado por las gentes del Antiguo Testamento en circunstancias muy diversas:

- Primero se le albergó, sin saberlo, bajo la tienda en el encinar de Mambré, cuando fue a visitar a un matrimonio de ancianos

“Abraham estaba sentado a la puerta de la tienda, porque apretaba el calor: Alzó la vista y vio tres hombres de pie frente a él. Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y prosternándose en tierra dijo:

Señor, si he alcanzado tu favor; no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis bajo el árbol. Mientras, ya que pasáis junto a vuestro siervo, traeré un pedazo de pan para que cobréis fuerzas antes de seguir. Contestaron: bien, haz lo que dices” (Gen 18, 1-5)

- Más adelante se le preparó una tienda tejida con piezas de pelo de cabra, cubierta de pieles de carnero curtidas y sobrecubierta de pieles de marsopa. En ella moró y recibió gente, por lo que se la llamó "La tienda del encuentro":

“Desde el día en que saqué a los israelitas de Egipto hasta hoy no he habitado en una casa, sino que he viajado de acá para allá en una tienda” (2 Sam 7,6)

2.6. Un templo

El segundo albergue ofrecido que el Señor aceptó fue el de la casa o templo que le asentó en la *capital* del reino, próximo al palacio. El deseo y los desvelos por hospedarle en una casa tienen su salmo:

*“No entraré en la tienda de mi casa,
ni subiré al lecho de mi descanso,
no concederé sueño a mis ojos
ni reposo a mis párpados,
hasta que encuentre un lugar para el Señor,*

*una morada para el Fuerte de Jacob.
Oímos que estaba en Éfrata,
la encontramos en los campos de Jaar” (Sal 132, 2-6)*

Una vez que el Señor aceptó ser huésped de los hombres, unas manos extranjeras se emplearon en labrar las piedras de su casa. Luego, se acercó en Jerusalén, hasta el día en que, echado por las injusticias y la sangre que corrían por sus plazas y calles, se alzó del templo la nube de su gloria, y lo abandonó por el camino del monte de los Olivos:

“Cuando los sacerdotes salieron de la casa, la nube llenó el templo, de forma que los sacerdotes no podían seguir oficiando, porque la gloria del Señor llenaba el templo” (1 Rey 8, 10-11)

2.7. De los hombres entre sí

La hospitalidad abrió los ojos de los hombres, para que se vieran y reconocieran como huéspedes entre sí. Esta fue la conciencia compartida por las gentes del Oriente Bíblico, sabedoras de que su hospitalidad de un día trabajaría la que necesitasen en otro momento.

2.8. La condición de huésped

La salida de la huerta de Edén hizo que la condición de los hombres fuera la de huéspedes, siempre pendientes y en busca de acogida. El primero en reconocerlo fue Caín, "errante" y "vagabundo":

“Si hoy me expulsas de la superficie de la tierra y tengo que ocultarme de tu presencia, andaré errante y vagabundo por el mundo; y cualquiera que me encuentre me matará” (Gen 4, 14)

El Señor cortó de inmediato el paso al asesinato de los que le quisieran mal, imprimiendo en el errante una marca para que fuera respetado y acogido, si llegara el caso:

“Le respondió el Señor: no es así. El que mate a Caín lo pagará multiplicado por siete. Y el Señor marcó a Caín, para que no lo matará quien Lo encontrara” (Gen 4, 15)

A partir de entonces, la humanidad de la línea de Caín vivió extrañada en la tierra del vagabundeo, pendiente y necesitada de hospedaje:

“Caín se alejó de la presencia del Señor y habitó en la tierra del vagabundeo, al este de Edén” (Gen 4, 16)

La existencia del hombre huésped fue luego la encarnada por grupos de emigrantes y por las figuras representativas de la tradición bíblica, hasta llegar a Jesús con sus padres en Egipto:

- Abraham en Hebrón: *“Yo soy un forastero, residente entre vosotros” (Gen. 23,4);*
- Moisés en Madián: *“Soy forastero en tierra extranjera” (Éx 2, 22);*
- Elimelek y Noemí en Moab: *“En tiempo de los Jueces hubo hambre en el país, y un hombre emigró, con su mujer y sus dos hijos, desde Belén de Judá a la campiña de Moab” (Rt 1, 1);*

- las gentes que emigraron a Egipto en busca de trabajo y mejores condiciones de vida;
- los habitantes de Israel y Judá exiliados en Mesopotamia.

2.9. La hospitalidad reclamada

La hospitalidad que hizo huéspedes a los hombres reclamó con urgencia un sitio en la costumbre, que no necesita leyes, y en los códigos, que la razonaron:

- el primer razonamiento:

"Cuando un extranjero/emigrante se establezca con vosotros en vuestro país, no lo oprimiréis. Será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes/extranjeros fuisteis en Egipto" (Lev 19,33-34)

- el segundo razonamiento:

"(Dios) hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero/emigrante, dándole pan y vestido. Amaréis al extranjero/emigrante, porque extranjeros/ emigrantes fuisteis en Egipto" (Dt 10, 18-19)

El primer argumento reposa en la solidaridad de condición: acoge al extranjero el que, a su vez, se ha considerado extranjero. El segundo tiene su fundamento en la imitación de Dios: si él ama al extranjero, los que se le asemejan, por ser su imagen, lo amarán también.

Por otro lado, el hombre tiene en su favor, para el ejercicio de la hospitalidad, su propia contextura, largamente meditada por la tradición bíblica:

- fue hecho para la hospitalidad por haber nacido de ella, cuando le acogió el seno materno;
- y desde ese primer gesto hospitalario, al último, al de la tierra matriz o el sepulcro que le acojan, vivirá siempre de la hospitalidad recibida y regalada en tiendas, casas, ciudades o países.

3. Un relato hospitalario: Jueces 19

El libro de los Jueces alojó en su apéndice un relato sorprendente en medio de dos episodios bélicos. Un levita se encontraba de camino. Venía de reconciliarse con su mujer en casa del suegro, en Belén de Judá, y se dirigía a la vivienda familiar de la montaña de Efraím, después de haber condescendido a las reiteradas invitaciones que le hiciera el padre de su esposa:

"10) Pero el levita no quiso quedarse y emprendió el viaje; llegó a dar vista a Yebús (o sea Jerusalén). Iba con los dos burros aparejados, la mujer y el criado. 11) Llegaron cerca de Yebús ya atardecido, y le dice el criado a su amo: - Podemos desviarnos hacia esa ciudad de los jebuseos y hacer noche en ella. 12) Pero el amo le respondió: - No vamos a ir a una ciudad de extranjeros, de gente no israelita. Seguiremos hasta Guibeá. 13) Y añadió: - Vamos a acercamos a uno de esos lugares, y pasaremos la noche en Guinea o en Ramá. 14) Siguieron su camino, y la puesta del sol cogió cerca de Guibeá de Benjamín. 15) Se dirigieron allá para entrar a pasar la noche. El levita entró en el pueblo y se instaló en la plaza, pero nadie los invitó a su casa a pasar la noche.

16) *Ya de tarde llegó un anciano de su labranza. Era oriundo de Efraim, y, por tanto, emigrante también él en Guibeá. Los del pueblo eran benjaminitas.*

17) *El anciano alzó los ojos y vio al viajero en la plaza del pueblo. Le preguntó: - ¿A dónde vas y de dónde vienes? 18) Le respondió: - Vamos de paso, desde Belén de Judá hasta la serranía de Efraim: yo soy de allí y vuelvo de Belén a mi casa; pero nadie me invita a la suya, 19) y eso que traigo paja y forraje para los burros, y tengo comida para mí, para tu servidora y para el criado que acompaña a tu servidor. No nos falta nada.*

20) *El anciano le dijo: - ¡Sé bienvenido! Lo que le hago falta corre de mi cuenta. Anda, no te quedes de noche en la plaza. 21) Lo metió en su casa, echó pienso a los burros, los viajeros se lavaron los pies y se pusieron a cenar.*

22) *Ya estaban animándose cuando los del pueblo, unos pervertidos, rodearon La casa, y aporreando la puerta, gritaron al anciano, dueño de la casa: - Sacar al hombre que ha entrado en tu casa, que nos aprovechemos de él”.*

La narración deja estas impresiones a los lectores y oyentes interesados por la hospitalidad:

3.1. Primeramente, la condición de huésped del personaje principal:

- el camino recorrido de Belén a su casa le ha hecho saber al levita su situación de extranjero: *“Vamos de paso, desde Belén de Judá hasta la serranía de Efraim, yo soy de allí y vuelvo de Belén a mi casa; pero nadie me invita a la suya”;*
- por otra parte, la ida a la plaza le instaló en la espera de hospedaje: *“El levita entró en el pueblo y se instaló en la plaza. pero nadie los invitó a su casa a pasar La noche”;*

3.2. En segundo lugar, la condición del que alberga:

- se trata de un anciano;
- que llega a casa para descansar de los trabajos del día: *“Ya de tarde llegó un anciano de su labranza”;*
- que, a su vez, era también extranjero en aquel pueblo: *“Era oriundo de Efraim, y, por tanto, emigrante también él en Guibeá. Los del pueblo eran benjaminitas”.*

3.3. En tercer lugar, los gestos de la acogida hospitalaria:

- el primer gesto salía de los ojos. Mirar por el huésped: *“El anciano alzó los ojos y vio al viajero en la plaza del pueblo”;*
- el segundo salía por la boca. La pregunta interesada por su situación: Le preguntó: *“¿Adónde vas y de dónde vienes?”;*
- el tercero fue abrir la casa: *“Anda, no te quedes de noche en la plaza. La metió en su casa”;*
- el último fue el de hacerse cargo del invitado, ofreciendo incluso más de lo que necesitaba: *“Sé bienvenido. Lo que te haga falta corre de mi cuenta ... echó pienso a los burros” . Y eso que el levita tenía alimento tanto para él, para su esposa y su criado, como para las cabalgaduras: “traigo paja y forraje para los burros, y tengo comida para mí, para tu servidora y para el criado que acompaña a tu servidor. No nos falta de nada;*

- la hospitalidad se celebró y se significó en la comida: *"Los viajeros se lavaron los pies y se pusieron a cenar"*,

La narración contrapone seguidamente al singular personaje y a los del pueblo. Uno anciano, labrador y extranjero, que abrió la puerta de su casa sin ningún atisbo de haber hecho entrar en ella una carga. Sin que pesaran los años, el cansancio o el desarraigo en el lugar. Los acogió para festejar el encuentro con una cena. En cambio, el narrador califica al resto. que dejó a los tres caminantes a la intemperie, de "pervertidos", esto es, de gente que no se atiene a ninguna norma de comportamiento: que rodean la casa, aporrean la puerta. no reconocen el ejercicio de la hospitalidad del anciano (decían: *"al hombre que ha entrado en tu casa"*, cuando lo sucedido es que *"lo metió en su casa"*), y pretenden abusar del que necesitaba un techo para pasar la noche.

La gravedad de lo acontecido luego fue tal, que el avasallamiento de la hospitalidad, primero, y la muerte posterior de uno de los huéspedes provocó una sangrienta guerra civil del conjunto de las tribus contra la de Benjamín, a la que pertenecían los habitantes del pueblo de Guibeá.

II. EL HOMBRE PRÓJIMO

La tradición bíblica hizo un largo camino en pos de desvelar al hombre como ser relacional, abierto para ofrecer y recibir la hospitalidad, sin hacer distinciones, antes de plantear la cuestión ¿quién es el prójimo? (Lc 10,25-37) La pregunta fue hecha por un jurista a Jesús, después de escuchar la unión tan singular que hiciera de dos preceptos del Antiguo Testamento: *"Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma, con toda la mente, y al prójimo como a ti mismo"*. A lo que el jurista le preguntó: *"¿ Y quién es mi prójimo?"*

De todos es sabido que Jesús le contestó devolviéndole la pregunta, al término de la parábola del buen Samaritano: *"¿ Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que tropezó con los bandoleros?"* Si al jurista le interesaba saber quién era su prójimo, para encauzar su amor hacia él, y cumplir el precepto de amarle como a uno mismo, Jesús entendía que prójimo es el que ama, y así trató de hacérselo comprender al jurista: *"¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que tropezó con los bandoleros? Contestó: El que lo trató con misericordia. y Jesús le dijo: Ve y haz tú lo mismo"*.

1. La alteridad

El reconocimiento de que el hombre no puede serlo más que en la confrontación con otros hombres fue sancionado por una afirmación categórica:

"Se dijo el Señor Dios: no es bueno que el hombre esté sólo. Voy a hacerle una ayuda similar a él" (Gen 2, 18)

Sopesando bien las cosas, no se entiende del todo la preocupación de Dios por la soledad del hombre. De hecho, estaba él haciéndole compañía y ya se había estrenado la comunicación, cuando le dijo que "podía comer de todos los árboles de la huerta".

Pero la confrontación hacia lo Alto no era suficiente. Dios y el hombre podían estar

próximos. Pero seguía sin haber un prójimo a su altura, que fuera "carne" y "hueso" suyos. De Dios nunca se dice en el Antiguo Testamento que fuera "carne".

Si Dios no era, pues, el prójimo a la media del hombre, tampoco lo eran los animales a los que Dios acudió para sacar al hombre de su soledad: *"El Señor Dios modeló de arcilla todas las fieras salvajes y todos los pájaros del cielo, y se los presentó al hombre ... Pero no se encontró el auxiliar que necesitaba"* (Gen 2, 19-20).

El hombre sólo se encontró confrontado, en el tercer intento, con otro hombre: *"Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne"* (Gen 2, 23). Y fue precisamente esta homogeneidad de la "carne" la que llamó la atención sobre la condición del hombre relacional, abierto a las relaciones esponsales, de parentesco y de proximidad:

- **esposos:** *"Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, formando ambos una sola carne"* (Gen 2, 24);
- **parientes** (José y sus hermanos) *"Vamos a vendérselo a los ismaelitas y no pongamos las manos en él; que al fin es hermano nuestro, de nuestra carne y sangre"* (Gen 37, 27);
- **prójimos:** *"El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de Los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne"* (Is 58, 6-7).

Ahora bien, la soledad de la compañía de Dios también dejó de existir. cuando se ajustó perfectamente la alteridad, según canta el nacimiento san Juan: *"la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros"* (Jn 1, 14). Y testigos privilegiados de su humanidad proximísima, carne y sangre nuestra, fueron los enfermos a los que él palpó y de los que se dejó tocar.

La relación con el otro, que había comenzado con la diferenciación hombre-mujer, se enriqueció luego con el despliegue maravilloso del hombre, capaz de reconocerse frente a los demás:

- **esposo-esposa:** en los relatos de matrimonio;
- **padres-hijos:** en los relatos de nacimiento;
- **hermano-hermano:** en los relatos de fraternidad;
- **familiares vinculados por la sangre:** en las historias familiares;
- **compatriotas unidos por una tierra común:** en las historias nacionales.

Pero si la mutua acogida, la entrega y la hospitalidad ofrecida y recibida en estas relaciones enaltecía a los hombres desde la posición de próximos entre sí, no ocurría lo mismo con el extranjero y los enemigos. Dos situaciones casi irreconciliables con la naturaleza del hombre prójimo de su prójimo.

1.1. El extranjero/extraño

En cuanto al extraño o extranjero, hubo de razonarse la hospitalidad que se le debía como prójimo:

- por la condición de extraño o huésped de todo hombre;
- por imitar a Dios, que ama a los extranjeros.

1.2. Los enemigos

Respecto a los enemigos, tuvo que mediar el buen sentido común de la sabiduría, ya que el derecho no se atrevió a tratarlos como prójimos. Venía de muy antiguo el consejo de un padre a su hijo (hacia el 1700 a.e.) en Mesopotamia, que caló hondo entre los proverbios atribuidos a Salomón, y que tornó muy en serio el Señor Jesús en su predicación:

"No hagas mal a tu adversario, recompensa con bienes a quien te hace mal; procura que se haga justicia a tu enemigo, sonríe a tu adversario" (BWL 100,41-44)

"Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber" (Prov 25, 21)

"Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos" (Mt 5, 44-45)

2. Un relato sobre el prójimo: 1 Reyes 17

El relato del encuentro de Elías con la mujer de Sarepta pone frente a frente a dos personajes, extranjeros y enemigos entre sí, que se reconocen mutuamente prójimos en el ejercicio de la hospitalidad.

"8) Entonces el Señor dirigió la palabra a Elías: 9) - Anda, vete a Sarepta de Fenicia a vivir allí; yo mandaré a una viuda que te dé la comida.

10) Elías se puso en camino hacia Sarepta, y al llegar a la entrada del pueblo encontró allí a una viuda recogiendo leña. La llamó y le dijo: - Por favor, tráeme un poco de agua en un jarro para beber. 11) Mientras iba a buscar/a, Elías le gritó: - Por favor, tráeme en la mafia un trozo de pan.

12) Ella respondió: - ¡Vive el Señor, tu Dios! No tengo pan; sólo me queda un puñado de harina en el jarro y un poco de aceite en la aceitera. Ya ves, estaba recogiendo cuatro astillas: voy a hacer un pan para mí y mi hijo, nos lo comeremos y luego moriremos.

13) Elías le dijo: - No temas. Anda a hacerlo que dices, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y tu hijo Lo harás después. 14) Porque así dice el Señor, Dios de Israel: el cántaro de harina no se vaciará, La aceitera de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envió la lluvia sobre La tierra.

15) Ella marchó a hacer lo que le había dicho Elías, y comieron él, ella y su hijo durante mucho tiempo. 16) El cántaro de harina no se vació ni la aceitera se agotó, como lo había dicho el Señor por Elías.

17) Más tarde cayó enfermo el hijo de la dueña de la casa; la enfermedad fue tan grave que murió. 18) Entonces la mujer dijo a Elías: - ¡No quiero nada contigo, profeta! ¿Has venido a mi casa a recordar mis culpas y matarme a mi hijo?

19) Elías respondió: - Dame a tu hijo.

Y tomándolo en su regazo, se lo llevó a la habitación de arriba, donde él dormía, y lo

acostó en la cama. 20) Después clamó al Señor: -Señor, Dios mío, ¿también a esta viuda que me hospeda en su casa la vas a castigar haciéndole morir al hijo?

21) Luego se echó tres veces sobre el niño, clamando al Señor: -¡Señor, Dios mío, que resucite este niño!

22) El Señor escuchó la súplica de Elías, volvió la vida al niño, y resucitó. 23) Elías (amó al niño, lo bajó de la habitación y se lo entregó a la madre, diciéndole: - Aquí tienes a tu hijo vivo. 24) La mujer dijo a Elías: - ¡Ahora reconozco que eres un profeta y que La palabra del Señor que tú pronuncias se cumple!".

Conviene recordar, antes de nada, lo que los lectores asiduos al texto bíblico saben de Elías y de las circunstancias que envolvieron el episodio de Sarepta. Corrían por aquellos años del siglo IX a.e. aires de prosperidad en Israel y Sidón, los dos reinos habían entablado una alianza matrimonial, circulaba el comercio sin reparos y los intercambios culturales gozaban de mucho aprecio. Sin embargo, el panorama se vio oscurecido por dos circunstancias muy contrarias: una sequía pertinaz y el enfrentamiento religioso. La ausencia de lluvias llevó el hambre a muchas casas, y la lucha entre los fieles a Baal y a Yahvé derramó mucha sangre.

La hospitalidad en Sarepta tuvo que vencer los dos graves condicionantes del tiempo, a los que no escapaban ni Elías ni la viuda: hambriento uno y con mínimos recursos la otra, bajista uno y de tradición cananea la otra. Allí se hizo patente lo que venía repitiendo, desde el 1300 a.e., la sabiduría de Egipto:

"No dejes de ayudar al extranjero con tu jarra de aceite; se duplicará en presencia de tus hermanos" (Enseñanza de Amenemope)

Los pormenores del encuentro los declara el texto:

1. Primeramente, el encuentro fue un imperativo del Señor que forzó la hospitalidad entre dos extranjeros y enemigos: *"Anda, vete a Sarepta de Fenicia a vivir allí; yo mandaré a una viuda que te dé la comida"*

2. El lugar no podía ser más desagradable para Elías. Sarepta, a 15 kilómetros al sur de Sidón, era tierra extranjera, por pertenecer al reino de Sidón. Además, esa región albergaba uno de los centros de culto a Baal, el dios enemigo del profeta.

3. Los dos trabajaron por encontrarse con gestos hospitalarios y se ayudaron a reconocerse mutuamente:

- la viuda le afirmó a Elías en su condición de profeta, maltrecha por la persecución y amenaza de muerte que pesaban sobre él: *"Ahora reconozco que eres un hombre de Dios y que la palabra del Señor que tú pronuncias se cumple";*

- Elías encomió delante de Dios la condición predilecta de la mujer, que nunca había dicho que perteneciera al grupo de los preferidos del Señor por ser viuda y que se había sacrificado hasta el extremo de dar lo que necesitaba para acogerle y hospedarle: *"Señor. Dios mío, ¿también a esta viuda que me hospeda en su casa la vas a castigar haciéndole morir al hijo?"*

- Elías y la viuda de Sarepta se hicieron prójimos el uno del otro:

- La mujer se hizo prójimo de Elías por ofrecerle cuanto tenía, comida y hospedaje: *"Por favor, tráeme en la mano un trozo de pan. Ella respondió: Vive el Señor, tu Dios. No tengo pan; sólo me queda un puñado de harina en el jarro y un poco de aceite en la aceitera.*

Ya ves, estaba recogiendo Cuatro astillas: voy a hacer un pan para mí, y mi hijo, nos lo comeremos y luego moriremos”:

- Elías se hizo prójimo de la mujer por traer la esperanza a su casa. Primero asegurando el sustento a la viuda y a su hijo, y luego devolviéndole sano al pequeño que había perdido la vida: *“Porque así dice el Señor, Dios de Israel: el cántaro de harina no se vaciará, la aceitera de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra ... y comieron él, ella y su hijo durante mucho tiempo ... Elías tomó al niño, lo bajó de la habitación y se lo entregó a la madre, diciéndole: aquí tienes a tu hijo vivo”.*

III. EL HOMBRE ENFERMO

La tercera condición del hombre que pone al descubierto la hospitalidad y que la reclama urgentemente es la de su ser enfermizo y doliente. Que es tanto como decir indefenso y necesitado. Es esta una desnudez que los ojos no pueden rehuir, aunque les repugne, y de la que los sentimientos no pasan de largo. por muy dolorosa que se les presente. Que expone al hombre, reclinado por la enfermedad en la tierra de sus dolores, a la vista de lo Alto.

1. A vueltas con el sufrimiento

La consideración del sufrimiento es uno de los ejercicios más arduos de la ya dilatada reflexión que acompaña a la historia humana, al que la milenaria tradición bíblica no fue, en modo alguno, ajeno. Al contrario, lo tomó como algo muy suyo, a veces con sosiego y otras muy a pecho, sufriendo lo increíble por balbucear algunas palabras o esbozar unos pocos razonamientos.

La opinión más extendida emparejaba los sufrimientos con el pecado, sin casi excepciones, como lo pregonó la voz autorizada de los salmos penitenciales. Pero este acuerdo generacional sentando el principio de que el dolor lo causaba una falta previa fue suficientemente invalidado por las largas conversaciones de Job con sus amigos, y por el Señor Jesús en una respuesta inequívoca a la pregunta de sus discípulos sobre la situación del ciego de nacimiento:

“Maestro, ¿quién pecó para que naciera ciego?, ¿él o sus padres? Contestó Jesús: Ni él pecó ni sus padres; ha sucedido para que se revele en él la acción de Dios” (Jn 9, 2-3)

Job encerró la cuestión en preguntas y más preguntas, agravadas por los razonamientos de sus amigos. No le satisfacía el que su suerte de absoluta postración fuera consecuencia de su comportamiento. Reclamaba una vida conforme a su integridad, protestaba de tener que sufrir dolores injustos, por lo que se entregó, en solitario, como lo hicieran otros antes que él en Mesopotamia, a su reflexión ensimismada. Con acusar a Dios de maltratarle con desgracia tras desgracia, y de jugar inmisericordemente con él poco adelantó. Eso sí, a fuerza de conversaciones y soliloquios dejó al descubierto el escándalo de un sufrimiento encadenado que coexiste con la inocencia.

No quiso averiguar si lo que le pasaba tenía otra explicación. En el prólogo a sus majes, antes de que él y sus amigos dijeran nada, el Señor había mantenido varias conversaciones con el Adversario acerca de las pruebas que el segundo había

propuesto que se le aplicaran a ese varón íntegro, recto y temeroso de Dios que era Job. Pero él ha vivido su amargura de espaldas a tal consideración, porque la desconociera o porque no quiso plantearla como posible. Además, resulta que, ante la enorme desgracia de perder a todos sus hijos, al desplomarse la casa donde celebraban una fiesta, no se describen otros gestos de conmiseración que los de rasgarse el manto, raparse la cabeza y prosternarse, para aceptar rezando que se le hubiera arrebatado todo. El padre no ha comparado su desgracia con la de los hijos, ni ha puesto en relación su suerte con la de ellos.

Sin otra salida a tanto interrogatorio, a enjuiciamientos y palabras sin sentido, Dios se decidió a sacarlo de su encerramiento, para airear su espíritu a la vista de los cielos y de la creación. Y Job respiró finalmente, como lo hicieron, antes que él, otros enfermos, fatigados por el mismo misterio que habían rozado con sus dolores:

"¿Quién es capaz de entender la voluntad de los dioses en el cielo?

¿Quién puede comprender los designios divinos en lo profundo del abismo?

¿Dónde aprenderán los mortales los caminos de Dios? (Justo sufriente II 36-38)

"Reconozco que lo puedes todo y ningún plan es irrealizable para ti ... Es cierto, hablé sin entender de maravillas que superan mi comprensión ... Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos; por eso me retracto y me arrepiento echándome sobre polvo y ceniza (Jb 42. 2-3.5-6)

Otros ensayaron una vía de adentramiento en el misterio del dolor a través de la prueba. Fue el caso de Moisés, haciendo de intérprete de los inexplicable infortunios de un pueblo enlazado con Dios por un solemne compromiso, acompañado por su presencia y que era llevado en alas de águila a la tierra de las promesas. La persecución, el hambre, las amenazas de los enemigos, el inhóspito roquedal del Sinaí y las enfermedades no eran otra cosa que pruebas que daban la altura del amor a Dios:

"Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, le ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones, si guardas sus preceptos o no". (Dt 8, 2)

Los sufrimientos como prueba soportada heroicamente y necesitada de aclaraciones, podían ser igualmente objeto de ruegos. Era el caso de los que se adelantaban a pedir su crisol: *"Escrútame, Señor, y ponme a prueba; explora mis riñones y mi corazón"* (Sal 26, 2).

La sabiduría del dolor dio un paso más adelante, ayudada por el temple de un grupo de hombres bien dispuestos. El primero, Moisés a la vista del becerro de oro. Una vez agotados sus recursos mediadores, dio con el mejor de todos.

Uno para el que no tenía que desgastarse en palabras, y que consistía en ponerse en lugar de los otros y sufrir su suene:

"Este pueblo ha cometido un pecado gravísimo haciéndose dioses de oro. Pero ahora, o perdonas su pecado o me horras de tu libro" (Éx 32, 31-32)

Fue más que una declaración comprometida. Moisés murió, años después, en el desierto, para que otros siguieran adelante. Su sacrificio, los sufrimientos y el supremo disgusto de no entrar en la tierra de sus afanes, dejó libre el camino a la

nueva generación que había de poner sus pies en el territorio de las promesas.

Jeremías, el segundo del grupo, comprendió igualmente que su misión no se agotaba en palabras que sus contemporáneos malinterpretaban o a las que eran sordos las más de las veces; por lo que su mejor aliado fue la pasión de su vida. Era la voz más clara que podía elevar a lo alto y la que mejor vibraría ante Dios en pos de ahuyentar las desgracias que tan clarivamente anunciaba. Lloró con los que lloraban, mantuvo el aguante al borde de la muerte, soportó la desgracia en favor incluso de los enemigos:

"¿Quién convirtiera en fuente mi cabeza, y mis ojos en manantiales de lágrimas¡, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo" (Jer 8, 23)

A otro más, a Ezequiel, le cargó Dios con el pesado fardo de dos pueblos tercios de cabeza, duros de corazón y rebeldes. Bastante tenía el profeta con el oficio de centinela que avisaba a cada cual de sus descarríos, para que se le vinieran encima otras responsabilidades. El día de su vocación había entrado por su boca un rollo de elegías, lamentos y ayos. Ahora tendrá que digerirlos bajo la carga de culpas ajenas. Él no ha puesto el hombro y le van a cargar los dos. Se las van a cargar, sin que su ánimo se mudará o desertase de su puesto:

"Y tú, acuéstate del lado izquierdo, y te echaré encima la culpa de la casa de Israel. Los días que estés así acostado cargarás con su culpa. Yo te señalo en días los años de su culpa (trescientos noventa días) para que cargues con la culpa de la casa de Israel.

Cumplidos éstos, te acostarás del lado derecho y cargarás con la culpa de la casa de Judá cuarenta días: un día por cada año" (Ez 4, 4-6)

Moisés, Jeremías, Ezequiel y algunos más animaron a que el siervo que Dio buscaba diera un paso al frente, para descender a lo más inhóspito del dolor de la humanidad (Is 52, 13-53, 12). Sin nombre propio. sólo con el apelativo de Siervo de Dios, entró en la realidad de los otros. atento a sus caras. tocado de lleno por su situación. Fue convocado por la vida a humillaciones, sufrimientos, de modo que su calvario se confundió con sus rulos. Su presencia espantaba al igual que la de tantos justos de los salmos, cuyo encuentro se evitaba,) ante quienes se guardaban las distancias escandalosas de la insolidaridad. Aprendió de su dolor los consejos de permanecer solo y callado, cuando descargaban las desgracias, y de esperar en silencio la salvación de Dios. Cobijó a "muchos", aceptando de verdad el título de su convocatoria y sometiendo su vida a otra voluntad : *"Mirad a mi Siervo ... Con Lo aprendido, mi Siervo justificará a muchos"*.

Se puede entender que un interés desmedido le hubiera llevado al Siervo a adentrarse en parcelas de otros, por dolorosas que fueran. a acercarse tanto a las personas, como para ponerse en su Jugar, a descargarlas de sus pesos o a presentar su cuerpo lacerado, para evitar que las heridas golpearan el de los otros. Ahora bien, que Dios quisiera triturarle con el sufrimiento es casi una locura. Además, y para no salir del asombro, su tragedia se presentaba poco menos que como un plan de lo Alto, que, más allá de toda previsión, resultaría un éxito:

"Mirad, mi Siervo tendrá éxito". En fin, una biografía dolorosa que no puede ser leída ni encamada sin mirar a la cruz.

2. La ausencia

Un grupo de enfermos del Salterio coincidieron en una causa que daba cuenta de lo que les sucedía. Se lamentaban de que Dios se hubiera ausentado, dejándoles llagados: *Sal 3; 5-7; 13; 17; 22; 26; 27, 7-14; 28; 31; 35; 38; 40; 41, 5-13; 42-43; 54-56; 61; 63-64; 69-71; 86; 88; 102; 109; 120; 140-143.*

Daban por seguro que Dios se había ido, dejándoles a merced de un adversario más fuerte que su cuerpo y su ánimo. La ausencia, a la que pusieron los nombres de "alejamiento", "abandono" y "silencio" marcó sus lamentos con la negatividad del vacío y el desgarramiento de la interrogación: "No estés lejos de mí, que la angustia es inminente", "Pero tú, Señor, no te quedes lejos", "Señor, no estés lejos de mí", "Mi Dios, no te me alejes", "Tú lo has visto, Señor, no te calles, Señor, no andes lejos de mí", "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", "¿Por qué, Señor, te quedas a lo lejos, te escondes en los tiempos de angustia?".

2.1. Consecuencias

La deserción de Dios le dejó al hombre a merced de su enemigo, con consecuencias dramáticas en el ámbito personal y social. La primera consecuencia fue la degradación corporal y psíquica. Los huesos, que son el soporte del cuerpo, se dislocaron; el corazón se derritió; la personalidad quedó tan fuera de su cauce como "agua derramada". El acoso de la enfermedad fue comparado al acorralamiento de mastines, al zarpazo de los leones, al acorneamiento de un toro, a la persecución de una banda de malhechores. Bajo los pies del enfermo se escondieron redes y zanjas dispuestas a tragárselo. Su horizonte se inclinaba en picado hacia la fosa que presagía la muerte.

La otra consecuencia fue el desgarramiento social. Se echaron encima del enfermo la burla, el desprecio, miradas malintencionadas, movimientos de cabeza y de espalda, complacencia por la desgracia, alejamiento de amigos y conocidos. Por decirlo ahorrando palabras, la persona había perdido su condición propiamente humana. Se convirtió en un "no hombre". La ausencia de Dios le despojó de su *humanitas*, negándole los atributos del "poder", la "gloria" y la "dignidad" con los que había sido adornado, en palabras del salmo 8: "*¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad*".

2.2. El lado oculto de Dios

Los enfermos estaban viviendo el lado oculto del Dios de la creación. Hubo un tiempo en el que el Señor se paseaba en el jardín del Edén, y se dejaba ver "cara a cara" por Moisés. Pero en el presente se había producido un eclipse inexplicable, que los enfermos envolvían en pronombres interrogativos: "*¿Por qué, Señor, rechazas mi aliento, y ocultas tu rostro lejos de mí? Estoy desdichado y moribundo desde mi infancia, he soportado terrores, estoy desconcertado*" (*Sal 88, 15-16*). Estaban fuera del horizonte de Dios, tan alejados que no les alcanzaba su vista: "*Yo me decía en mi turbación: estoy dejado de tus ojos*" (*Sal 31,23*). Es como si Dios rehuyera el encuentro visual, tomando en otra dirección su rostro amable: "*Muestra a tu siervo sereno tu semblante, sálvate por tu amor*" (*Sal 31, 17*). Había quien le buscaba, sin que diera un

puso adelante el empeñado en su ausencia: *"Mi corazón te habla y te busca mi rostro. Es tu rostro, Señor, lo que yo busco. No me ocultes tu rostro, no rechaces con cólera a tu siervo; Tú eres mi auxilio: no me abandones, no me dejes, oh Dios de mi salud"* (Sal 27, 8-9).

El enfermo se sentía privado no sólo del "cara a cara", sino del "boca a boca". Parece como si se le negara el hilo de la comunicación: *"Contéstame, Señor, pues tu gracia es bondad; en tu inmensa misericordia mírame; no retires tu rostro a tu siervo, me agobia la opresión, escúchame pronto"* (Sal 69, 17-18). Estaba cortado el canal auditivo de la comunicación y también el verbal: *"Préstame oído cuando te llamo, respóndeme pronto"* (Sal 102,3). Él guardaba un silencio que no podía ser, en modo alguno, el del conjurado con el mal. Se tapaba la boca ante lo evidente, pero sin que por ello se pusiera del lado del adversario. Su palabra que llamó al hombre a la existencia con un resuelto "hagamos" se había quedado sin voz. No vibraba en el oído del orante: *"A ti clamo, oh Señor. Roca mía, no te quedes en silencio ... Tu lo has visto. Señor, no te calles"* (Sal 28, 1; 35, 22). Dios le estaba negando al enfermo el "aliento" de su boca: *"Respóndeme enseguida, Señor, que me falta el aliento"* (Sal 143, 7).

Que Dios se había olvidado de la última y mejor de sus obras. se lo recordaba delicadamente uno de los que lo sufrían: *"Le diré al Dios de mi vida: ¿por qué me olvidas?"* (Sal 42, 10). En cambio, la voz de la enfermedad lo esgrimía como argumento desesperanzador para el enfermo: *"Mis huesos se quebrantan, mientras mis enemigos me insultan, mientras me dicen todo el día: ¿dónde está tu Dios?"* (Sal 42, 11).

Se habían invertido los papeles del comienzo. Al principio, Dios buscaba al hombre escondido de su presencia; ahora, resulta que es el nombre quien busca a Dios: *"Mi corazón te dice: yo busco tu rostro, Señor"* (Sal 27, 8). Había puesto en su interior aires divinos al insuflarle su "aliento vital", y ahora el enfermo no acierta con la razón para que se lo haya retirado: *¿Por qué, Señor, rechazas mi aliento y me escondes tu rostro?* (Sal 88, 15).

2.3. Las preguntas

Los enfermos que se decían llagados por la ausencia del Señor no dieron con razones que lo explicaran. Después de remirarse bien, no se halló una causa que hubiera ahuyentado al Señor. por lo que sus lamentos dejaron pendientes interrogaciones que clamaban al ciclo: *"¿Por qué me has abandonado?", "¿Hasta cuándo verás esto?", "¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?", "¿Hasta cuándo me vas a retirar tu rostro?", "¿Hasta cuándo tendré desazón en mi alma, y en mi corazón tristeza, día y noche?", "¿Hasta cuándo triunfará sobre mí mi enemigo?"*.

Quedaban en Suspense el reto altivo de la enfermedad al que le dejó libre el sitio: *"Se confió al Señor, que Él le libre; que le salve, ya que le ama"* (Sal 22, 9). Y un ruego para que no permitiera su victoria: *"No me duerma en la muerte, ni diga mi adversario: le he vencido. Que no exulten mis rivales al verme vacilar"* (Sal 13, 4-5).

3. El encuentro

El reto y los ruegos de siglos fueron decididamente aceptados un sábado en

Nazaret. Allí, el Señor Jesús los asumió al término de la lectura: *"El Espíritu del Señor sobre mí, porque él me ha ungió para que dé la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor ... Hoy, en presencia vuestra, se ha cumplido esta Escritura"* (Lc 4, 18-19.21). Cuentan los sinópticos que desde aquel momento *"recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y curando entre el pueblo toda clase de enfermedades y dolencias. Su fama se difundió por toda Siria, de modo que le traían todos los que padecían diversas enfermedades o sufrían achaques: endemoniados, Lunáticos, parálíticos. y él los curó"* (Mt 4,23-24).

Después de dejar su pueblo, se hizo el contradizo y buscó sin embarazos a los que le necesitaban.

3.1. Va a su encuentro

Los encuentros del Señor con los enfermos los prepararon sus ojos, la palabra y las manos. Y, en ocasiones, la medición de ruegos de terceras personas.

Los ojos convocaron un día al Señor y al parálítico de Jerusalén en la piscina de Betesda: *"Jesús lo vio tendido"*. Vino luego el interés por saber que el otro llevaba treinta y ocho años enfermo. Le siguió el delicado ofrecimiento de la curación: *"le dijo: ¿quieres curar?"* Y, por último, los imperativos del restablecimiento: *"levántate, toma tu camilla y anda"* (Jn 5, 1-16).

Otro día señalado, el sábado, le llevaron a fijarse en un hombre que tenía la mano seca. Se dio la circunstancia de que sobre el enfermo recayeron ojos enfrentados. Los de los fariseos, atentos a la cuestión del sábado, y los del Señor atraídos por el sufrimiento. Jesús llevó la iniciativa en la escena. Puso. Enfermo en "medio", para que fuera bien patente la centralidad del sufrimiento. *"levántate y ponte en medio de todos"*. No había que dirimir ninguna otra cuestión, por lo que siguió su diálogo. interrumpido momentáneamente por una pregunta a la concurrencia: *"Es lícito hacer el bien en sábado o, por el contrario hacer el mal, salvar una vida o perderla?"* El Señor se situó, sin vacilación alguna, al lado de hacer el bien, El nuevo imperativo fue de inmediato obedecido por el miembro enfermo: *"Extiende la mano. Lo hizo y la mano quedó restablecida"* (Mc 3,1-6 y par)

La mirada de Jesús fue intencional en busca de un joven de Jerusalén al que el nacimiento no le había abierto los ojos al mundo: *"Según iba, vio Jesús a uno, ciego de nacimiento"*. El encuentro le trajo al ciego la luz del primer día. que estaba por amanecer para él: *"Mientras esté en el mundo, soy la luz del mundo"*. Más aún, le buscaba el Señor para hacerle un signo viviente" en medio de la ciudad: *"Escupió en el suelo, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos"*. El "barro" que modeló al hombre y la "saliva" portadora de vida, en vez del aliento, fueron los componentes creacionales del nuevo nacimiento (Jn 9. 1-7).

Los ojos y la boca juntos prepararon el encuentro con la mujer encorvada: *"Jesús al verla, la llamó"*. Luego fueron las manos quienes acercaron a médico y enfermo: *"Le impuso las manos y al punto se enderezó y daba gloria a Dios"*. El encuentro era inaplazable. Jesús no quería remitirlo a otro día de la semana, como proponía el jefe de la sinagoga: *"Hay seis días para trabajar; venid en esos seis días y curaos; no vengáis en sábado"*. Dieciocho años de espera no admitían en su cuenta una noche más (Lc 13. 10-17).

Hubo encuentros mediados por las súplicas de terceras personas. En tal caso el acercamiento del Señor al enfermo lo puso en marcha un mego sencillo de lo familiares en la casa de Pedro en Cafarnaúm: *"La suegra de Pedro estaba con fiebre muy alta y le suplicaban en su favor"*. Y Jesús llegó de inmediato a su lecho con dos gestos. Dicen los que narran la escena que primero se "inclinó". Esta postura corporal de los que acudían a él en busca de la sanación es la que adoptó junto a la mujer. Luego, la "cogió" la mano para "incorporarla". Más que levantarla de la cama, la mano del Señor la puso en pie, la resucitó a la actividad de la vida. Anotan los evangelistas que *"se levantó y se puso a servirles"* (Mt 8, 14-15 Y par).

3.2. Vienen a su encuentro

Los decididos a acortar distancias por iniciativa propia, se acercaron a Jesús, cada cual a su modo y de acuerdo con sus posibilidades. Unos haciéndose notar, otros intentándolo bajo el amparo de la discreción, otros a fuerza de luchar contra sus limitaciones o atreviéndose a romper el cerco social impuesto. En cambio, algunos se vieron forzados a un encuentro que no querían.

Un hidrópico buscó el día menos apropiado, la hora más inoportuna y la manera más llamativa. Era sábado, Jesús comía con una de las autoridades fariseas, cuando, sin previo anuncio, *"se le puso delante"* el enfermo. Su posición fue inmediatamente entendida por el Señor sin mediar palabra. Suspendió la comida, llevó con su razonamiento a los expertos de la ley al silencio que asentía poner el precepto del sábado entre paréntesis, y correspondió a la valentía del hidrópico "cogiéndole" de la mano. La curación llevada por la mano del Señor quedó arrojada por el silencio de los testigos: *"Jesús preguntó a los doctores de la ley y a los fariseos: ¿es lícito curar en sábado o no? Ellos callaron. Jesús cogiendo al enfermo, lo curó y Lo despidió"* (Le 14, 1-4).

Doce años de sufrimientos empujaron a una mujer casi desahuciada a llegarse donde Jesús, sin avasallar su recato. Había empeñado sus bienes en consultas infructuosas. Ahora, para acudir el Señor no le abrió el paso el dinero. Tenía, eso sí, que mezclarse con los demás para alcanzar el propósito que Marcos desveló a sus lectores: *"Si logro tocar, aunque sólo sea su manto, quedaré sana"*. El encuentro no pudo ser más discreto: una persona anónima entre la multitud, la aproximación al Señor "por detrás", y "tocar" el vestido en vez del contacto físico. Pero aquel instante fugaz no pasó desapercibido. La mujer lo trabajó y el Señor la sacó del anonimato con una pregunta: *"¿Quién me ha tocado el manto?"* Ya, cara a cara, entablado el diálogo entre ambos, se reafirmó una curación escondida en la discreción de la enferma: *"Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y sigue sana de tu dolencia"* (Mc 5, 25-34 Y par).

La ceguera no fue obstáculo invencible para que Bartimeo saliera al encuentro de Jesús sin otras ayudas que la garganta y las piernas. La garganta enconada en gritos cada vez más fuertes le llevó la noticia al Señor: *"¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!"*. Y las piernas le aproximaron físicamente: *"Tirando su manto y dando un salto, se presentó a Jesús"*. Luego, el diálogo trató de querer. El de Jesús preguntándole por sus deseos: *"¿Qué quieres que le haga!"*. Y el de Bartimeo, que más que la vista quería su compañía: *"Yen seguida recobró la vista; y Lo seguía en el camino"* (Mc 10, 46-52).

El aislamiento impuesto a los leprosos tampoco pudo con la decisión de uno de ellos para aproximarse al Señor. En la ladera de un monte "vino" a su encuentro, "se arrodilló" y le "suplicó". Pero es que la cosa no paró aquí. Aquel enfermó sumó al movimiento, al gesto y a la palabra una oración transparente: *"Si quieres, puedes limpiarme"*. Buscaba la voluntad de Jesús, como el Señor buscará, más adelante, la voluntad del Padre en Getsemaní. El encuentro se hizo por ello "entrañable". A los tres verbos de aproximación le correspondió, por la otra parte, el contacto físico también prohibido: *"Él se compadeció, extendió la mano, lo tocó y le dijo: lo quiero, queda curado"* (Mc 1, 40-45 y par).

Y si un leproso se atrevió a dar el paso, diez lo hicieron juntos a la salida de un pueblo. Aunque esta vez se guardaron las distancias. Al no producirse contacto físico, las palabras y las miradas fueron y vinieron de una a otra parte: *"Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, que se pararon a cierta distancia y alzando la voz, dijeron: Jesús, Señor, ten piedad de nosotros. Al verlos, les dijo: Id a presentaros a los sacerdotes. Mientras iban, quedaron limpios"*. Tanto en el encuentro de los diez como en su curación había mediado el alejamiento impuesto por la ley. La proximidad, hasta el contacto físico, no la logró forzar el deseo de curarse, sino que la ganó el agradecimiento del único extranjero entre los diez al volver a reencontrarse con el Señor, junto a sus pies: *"Y cayó de bruces a sus pies, dándole gracias"* (Le 17,) 1-19).

La voluntad de los enfermos anteriores que faltó en algunos otros no impidió el encuentro. Ya que el enfermo no se decidía, lo hizo su propio mal. Fue el caso del endemoniado de Cafarnaúm y del geraseno. La enfermedad del primero inició a gritos un diálogo tenso hasta verse derrotada por una voz más poderosa: *"¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús de Nazaret?, ¿has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Consagrado por Dios. Jesús le increpó: calla y sal de él"* (Me 1, 21-28). En cuanto al de Gerasa, su enfermedad psíquica dio los mismos pasos que la voluntad de los que querían curarse. La vista, el cuerpo y la palabra le plantaron ante el Señor, a la distancia que permitía el diálogo: *"Al ver de lejos a Jesús, echó a correr, se postró ante él y, dando un grito estentóreo, dijo: ¿qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?"* Luego, la conversación conducida por Jesús le devolvió la razón, tras despeñar su mal, y le reintegró en la sociedad con una sana indicación: *"Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales todo lo que te ha hecho el Señor, compadecido de ti"* (Mc 5, 1-20 Y par).

3.3. Los traen a su encuentro

Los imposibilitados hubieron de ser ayudados para alcanzar al Señor. Si no podían andar, otros les llevaban hasta el Señor; si eran ciegos, contaron con algún lazarillo; si estaban fuera de sí, la comunidad les asistía. Y, en el caso de que fuera imposible el desplazamiento, la voz intercesora de terceros se los aproximarían.

Al parálítico le tuvieron que llevar otros por sus pies e ingeniárselas para que se viera con el Señor. Si el acceso les era imposible en horizontal, por la gente que se agolpaba alrededor, lo intentaron en vertical, de arriba a abajo, descolgándolo por un agujero abierto en la terraza. Pero si sorprendente fueron los modos del parálítico y sus acompañantes, no les quedó a la zaga el Señor. Se pretendía un cruce de miradas, y los ojos de Jesús se fueron más allá de las cuencas oculares del enfermo: *"Viendo Jesús su fe"*. Querían que remediara la parálisis, y lo primero que

se oyó fueron palabras liberadoras de otras ataduras: *"Tus pecados son perdonados"*. La curación, que era lo que se esperaba de inmediato, llegó en último lugar. La medió un diálogo de imperativos e indicativos: *"Contigo hablo, levántate, carga con la camilla y vete a casa. Se levantó al punto, cargó con la camilla y salió delante de todos"*. Ponerse en pie supuso la resurrección de aquel hombre postrado; llevar la camilla quería decir que el enfermo podía ahora con el lecho de sus sufrimientos, que le había soportado hasta entonces; la vuelta a casa era el final de la búsqueda de médicos (Mc 2, 1-12 Y par).

Al ciego de Betsaida lo tuvieron que aproximar las gentes del lugar: *"le llevaron a un ciego y le pidieron que lo tocase"*. Como la vista era el sentido imposibilitado para el encuentro, el Señor se hizo tres veces cercano: verbalmente: *"¿Ves algo?"*; con el tacto: *"le aplicó las manos"*; y cediéndole algo de su interior: *"le untó con la saliva los ojos"* (Mc 8, 22-26).

Al sordomudo de tierra extranjera, al norte de Galilea, se lo presentó la comunidad con una oración en la boca: *"Le llevaron un sordo y tartamudo, y le suplicaban que le impusiera las manos"*. Pero el encuentro fue "a solas": *"Lo tomó, lo apartó de la gente, y a solas"*. Y la curación trabajosa, hasta el punto de intervenir buena parte de la corporalidad del Señor: sus dedos que se adentraron por el oído del enfermo, la saliva tocando la lengua del otro, y la fuerza de la palabra "effeta" que el evangelista no se atrevió a traducir de su lengua original (Mc 7,32-37).

Un mudo particular de acercar al enfermo al Señor fue el de referirle de palabra su situación e interceder en su favor. Era la hora séptima, hacia la una, cuando Jesús entraba en Cafarnaúm y salía en su busca el centurión. Escuchó el sufrimiento del enfermo paralizado, y, sin esperar a más, hubiera ido a su lado. Pero a la decisión *"Yo iré a curarlo"* le cortó el paso la confianza del padre: *"Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que pronuncies una palabra y mi criado quedará curado"*. En el diálogo acaecía la curación, según la cuenta del evangelio de Juan, a la hora séptima. Una confesión explícita y la fuerza de la palabra del Señor lo hicieron todo: *"Ve, que se haga como has creído"* (Jn 4, 46-54 Y par).

La segunda voz que encarnaba al enfermo fue la de una madre extranjera, de la misma tierra de la viuda que había acogido a Elías. Aquella mujer tuvo que sacar la palabra sanadora del Señor con "insistencia" y hablando no a la altura de la boca, sino desde los pies: *"Una mujer que tenía a su hija poseída por un espíritu inmundo se enteró de su llegada, acudió y se postró a sus pies"* (Mc 7, 24-30 y par).

La tercera voz intercesora volvió a ser la de un padre en favor del hijo. Primero se acercó él con el ruego: *"Si puedes algo, ayúdanos, compadecido de nosotros"*. Seguidamente le trajeron al muchacho para un encuentro llevado absolutamente por la iniciativa del Señor. La reprensión fue para el mal: *"Espíritu sordo y mudo, yo te lo ordeno, sal de él de él y no vuelvas a entrar en él"*. El estrechamiento de mano se lo dio al enfermo: *"agarrándolo de la mano, lo levantó y el chico se puso en pie"* (Mc 9, 14-27 y par).

Jesús salió tocado de esos encuentros, conmocionado interiormente y con gestos evidentes de sufrimiento, que se hicieron lágrimas ante la muerte del amigo de Betania. Identificado con la debilidad, pudo ayudar a los que la soportaban, hasta el día que vadeó el torrente Cedrón, para entrar en el Huerto de los Olivos (Mc 14-15). Era su hora, y "se adelantó" resueltamente a dar el paso de acompañar el dolor

de otros, a padecerlo. Pero, ni la angustia mortal de los primeros momentos ahogó el arameo de su voz apegada a Dios: *"Abba (Padre), tú lo puedes todo"*, ni el desmoronamiento corporal le separó de los sufijos personales de su lengua: *"Eloi, eloi, lama sabaqtani"*. Jesús murió sosteniendo en su boca las palabras de los enfermos que jamás consintieron despegarse del "mi", referido a Dios: *"Dios mío, Dios mío"*, ni ocultaron, ante la suprema confianza de confesarle como Dios, su condición desvalida: *"¿por qué me ha abandonado?"*



CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CONGRESO DE LA ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS EN ESPAÑA (18-19 ENERO 2001) Y PUBLICADA EN EL LIBRO "CONGRESO DE LA ORDEN HOSPITALARIA DE S. JUAN DE DIOS ESPAÑA.", MADRID 2001, PP. 33-65